

ir en tales artefactos, también correría, al comenzar el buen tiempo, hacia el campo, en busca de aire libre, de silencio, de paz y de flores. La pasión del marido y de la mujer son las flores; las flores silvestres; flores frescas, lozanas, cogidas en los bosques y en los lindes de los caminos, y traídas en un oloroso manojo, pendiente de la bicicleta.

Después de unas horas de esparcimiento en el campo, el ciudadano que hemos visto se entrega al trabajo; y se entrega de un modo decidido, entusiasta, fervoroso. Nada le distrae de su labor; acodado a su mesa cubierta de hule negro, escribe durante horas y horas. De cuando en cuando, se detiene para leer un rato o compulsar una cita. La anciana, muchas veces le reprende cariñosamente; le dice que es una locura el trabajar tanto, con tanto ardimiento; los camaradas intentan también llevárselo para distraerlo; pero él no atiende a razones; sólo al llegar la primavera, cuando la bencina y el barniz han hecho su oficio; sólo entonces saca la bicicleta de su escondrijo y se da los grandes paseos. Sobre la mesa, entre los libros, las flores silvestres que han sido traídas del campo. ¿Cuántas veces se acordará en su vida este hombre de las flores que él cogía en sus paseos por la campiña parisiense! Las flores están allí, sobre la mesa, en tanto que la pluma va corriendo rápida por las cuartillas. Todos los días, este ciudadano escribe un artículo; él mismo lo lleva al tren que ha de conducirlo muy lejos; pudiera hacer otro este menester; pudiera el artículo ser depositado en un buzón de las calles; pero nunca ha consentido este hombre en separarse de sus cuartillas. Con el pliego en el bolsillo, va rápidamente, en el metropolitano, hasta la estación del Norte; él ha calculado ya el tiempo que es preciso para llegar a la estación diez minutos minutos antes de la salida del tren. Matemáticamente, todos los días arriba a la estación con esa antelación de los diez minutos y deposita la carta en la estafeta. Le han dicho a este hombre que si él se aviniera a mandar su artículo a la estación con persona de confianza, todo ese tiempo que él emplea en ir a llevarlo, pudiera emplearlo en tomarse un ligero y reparador esparcimiento. Pero él es un poco tozudo; no accede a las súplicas de la mujer joven, su mujer, de la mujer anciana, su suegra, y de los amigos. En una ocasión, los camaradas han tramado un complot; uno de ellos ha dicho que precisamente él, ese día, iba a la estación del Norte, y que, por lo tanto, podría llevar el artículo. El ciudadano ha accedido; como tenía este rato libre, los demás amigos se lo han llevado a un teatrillo donde cantaba un cancionista obrero. Embelesado ha permanecido escuchando el ciudadano las canciones populares, obreras, de este cantor; tanto le ha gustado el obrero cantor, que después de la función ha entrado al escenario y ha estado conversando larga y cordialmente con él. El tiempo pasaba grato; las cuatro de la madrugada eran cuando el ciudadano se

ha retirado con los amigos a su casa; a esta casita en que está el cuarto con la mesa cubierta de hule negro; mesa en que tanto y tanto él trabaja.

Y no es sólo este trabajo de escribir libros y artículos; no es sólo la lectura y la escritura lo que le da que hacer. El trato con los camaradas se lleva mucho tiempo también. En París viven muchos compatriotas del ciudadano; continuamente están llegando, del remoto país, gentes que tratan de acomodarse en la capital de Francia; todos acuden a nuestro hombre; todos le piden consejos, recomendaciones, auxilios, confortación espiritual. En París se publica también un semanario; lo publican estos emigrados que arriban de la lejana patria. Nuestro ciudadano ha de atender asimismo a la redacción y confección del periódico. No se pierde detalle; está en todo; si no tuviera esta condición rara, rarísima, de tener presentes todos los pormenores, no sería lo que es. Muchas veces, por ejemplo, ha recomendado a los compañeros que envían sus artículos al periódico, que escriban con letra clara, que escriban de modo que los tipógrafos entiendan bien la letra. Así, ahorrarán trabajo a los cajistas y la composición se hará más rápidamente.

Tener pasión por la flores y no amar a los niños, no puede ser. Alguna vez nuestro ciudadano se permite pasear un ratito por un parque: el de Montsouris. En cuanto le ven llegar los niños, ya están rodeándole; no le dejan; le hacen mil preguntas; le pi-

den que arregle sus juguetes rotos; claro, que un hombre que sabe componer una bicicleta ha de saber también componer una muñeca o un balón. Y no duda nuestro hombre en arreglar los desavíos de los juguetes que le presentan sus amiguitos. Los cuales le quieren, le adoran por su afabilidad y por su solicitud.

Un día, el ciudadano ha tomado su sombrero. Va a salir de casa; no pasa nada.

—¿Dónde vas?—le pregunta su mujer.

—Vuelvo en seguida—replica él.

Las horas trascurren; los días se suceden; las semanas se desvanecen. El ciudadano no ha vuelto a su cuartito; se recibe una carta. La carta es de Alemania; allí está nuestro hombre. Es una cosa rara; hay algo de misterioso en esta vida que no comprenderás todavía acaso, lector; este hombre es, en 1910, un simple transeunte en París; pero andando el tiempo, dentro de pocos años, este simple ciudadano ha de realizar en Europa, en la más grande de las naciones europeas, una obra trascendental, honda, intensa; una obra que no tendrá precedentes en la historia; una obra que será el comienzo de una nueva era. Este hombre que se halla arreglando la bicicleta en la calle, con las mangas de la camisa arremangadas, se llama Uladimir Ilitch Oulianov, por otro nombre, Lenin. Y en un librito que acaba de publicarse, *Lenin a Paris*, se cuentan estos recuerdos de la estancia en la gran ciudad del gobernante ruso, en 1910.

A z o r í n

Madrid, 1930.

### Signos de la era nueva

## La juventud en el Poder

Reza un aforismo inglés de alta importancia que engordar es una incorrección y envejecer un crimen.

Entre los signos de la era nueva, señala un periodista londinense la juventud de algunos subsecretarios del Gobierno provisional de nuestra República.

«En España, como en los Estados Unidos, y como en el pueblo francés— escribe—, la juventud sale del juego del deporte y entra con vigor en el juego político.»

Del asalto de los jóvenes al Poder hablaba recientemente Georges Bonnet, ex ministro de la República francesa. Los jóvenes a quienes aludía estudiaban durante la guerra en el Liceo. Leían, a la vez que griegos y latinos, relatos de trincheras. Vieron cómo se hace Historia entreverando en sus anales esplendores y miserias, y hoy avanzan por la vida con seguridad absoluta.

Cuando Bonnet era joven creía, como los de su promoción, que el Gabinete agotaba patriarcalmente su largueza al asegurar 1.500 francos al inspector de Hacienda, al auditor del Consejo de Estado o al *attaché* de Embajada. Hoy los jóvenes se rien de pritaneos tan módicos y toman su presa donde la hallan.

Entre 1920 y 1924 se reunían los «nuevos» en *L'Œuvre*, en torno de Roberto de Jouvenel y de Francis Delaisi. Quienes se hayan apasionado por las ideas de nuestro tiempo saben que Jouvenel y Delaisi habían publicado entonces dos libros de los que se hablaba mucho: *Pour l'Etat* y *Les contradictions du monde moderne*.

En el debate vehementísimo que las doctrinas de Delaisi promovieron, España no se inhibió. Escritores de autoridad, a quienes las señales de su época no sorprenden dormidos, intervinieron aquí y en Bilbao en la polémica.

Parece que en *L'Œuvre* hombres sin la primera cana afrontaban con calor los grandes temas públicos: deudas interaliadas, reparaciones, estabilidad del franco, reconstrucción del Estado moderno, sindicalismo, etc., etc. Los contendientes de entonces, instalados confortablemente en la vida, se preguntan: ¿Qué nos falta? Todos responden a una: «El Poder. Tenemos un lugar preeminente en las finanzas, en la Administración, en la diplomacia, en la cátedra, en el periodismo. Eso no quiere decir sino que estamos maduros para el mando. Nuestro programa es sencillo como «los